

Integración y gobernabilidad. Los nuevos desafíos de la democracia en Bolivia

Laserna, Roberto

Roberto Laserna: Sociólogo boliviano, director del Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social - CERES, Cochabamba; miembro del Comité Directivo de CLACSO.

La unión, en el binomio presidencial triunfante, de los dos extremos étnico-culturales del espectro boliviano, fue el rasgo que hizo de esta fórmula una propuesta inquietante. Recordó a los bolivianos una segmentación cultural del país pendiente de resolución. División y segregación que obstaculizarían, en el mediano plazo, la propia viabilidad de Bolivia como nación moderna y multiétnica.

Después de 500 años de silencio colonial y después de 168 años de exclusión republicana, tomamos la palabra para decir nuestra verdad. Hemos vivido la historia de permanente lucha por la libertad y la justicia, por la democracia pluricultural y multiétnica. Hoy arribamos al tiempo del nuevo pachakuti.

Victor Hugo Cárdenas, 6 de agosto de 1993

El 6 de agosto de 1993, 501 años después de que se iniciara la violenta incorporación de América a la civilización occidental, un indio asumió la segunda más alta investidura política de Bolivia. Se trata de Víctor Hugo Cárdenas, un aymara nacido a orillas del Lago Titicaca, orgulloso de su origen, de su lengua y del color de su piel, que no le teme a la tecnología, al diálogo intercultural, a la modernidad. Es ahora vicepresidente de la República y por tanto presidente del Congreso Nacional y ocupa tales funciones por votación popular y democrática. Llegó a ese lugar acompañando a Gonzalo Sánchez de Lozada, máximo dirigente del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR)¹ y principal gestor del proceso de estabiliza-

¹El Movimiento Nacionalista Revolucionario fue fundado en 1941. Participó del gobierno de Gualberto Villarroel y alcanzó su primera victoria electoral en 1951, cuando la ciudadanía estaba definida por un nivel de ingresos y el dominio de la escritura castellana. El gobierno de entonces desconoció ese triunfo y un año después el MNR liderizó un golpe de Estado que, con la entusiasta participación de los trabajadores de las minas y las ciudades, se convirtió en una triunfante insurrección. El empuje popular se tradujo en la estatización de la minería del estaño, la distribución de las tierras agrícolas a los campesinos, la ampliación de los derechos de ciudadanía, la reforma del sistema

ción y ajuste estructural que se ejecuta en Bolivia desde 1985. Este acontecimiento, pleno de múltiples significados, puede marcar decisivamente el futuro de la democracia. En este artículo se describen y analizan los procesos que culminaron en ese evento, las oportunidades que el mismo abre y los desafíos que enfrenta.

La campaña electoral de 1993

La campaña electoral en Bolivia se inauguró con la formación de candidaturas que sorprendieron a la opinión pública. Ciertamente todas fueron el resultado de cuidadosos cálculos políticos, pero algunas demostraron además una audacia poco frecuente. Por lo general en ellas no solamente se pone de manifiesto una estrategia electoral, sino que también se plantea una propuesta. Más allá del cálculo de votos o la evaluación de oportunidades, que sin duda también influyen en la selección de candidatos, las diversas candidaturas puestas a consideración del electorado boliviano expresaban diversas lecturas de lo que es Bolivia, así como propuestas sobre aquello que puede y debe ser. En los binomios de candidatos a presidente y vicepresidente de los diversos partidos y alianzas había implícito un diagnóstico de las contradicciones y conflictos fundamentales del país, y una idea de cómo se los podría enfrentar y superar en los marcos de la democracia.

El entonces gobernante Acuerdo Patriótico propuso la candidatura del ex-general Hugo Bánzer, que gobernara dictatorialmente Bolivia entre 1971 y 1978, y del ex-líder del maoísmo, Oscar «Motete» Zamora, que protagonizara un fugaz movimiento guerrillero en 1970. En principio, este binomio electoral no era más que una prolongación natural del «Acuerdo Patriótico» conformado en 1989 entre el conservador partido Acción Democrática Nacionalista (ADN) y el Movimiento de la Izquierda Revolucionaria (MIR).

Recordemos que esa coalición había permitido el ascenso al gobierno del líder socialdemócrata Jaime Paz Zamora (MIR), acompañado del demócrata cristiano Luis Ossio Sanjinés. De alguna manera, al basar la campaña en la unión de dos antiguos antagonistas políticos, y no en líderes de tradición centrista, se estaba afirmando la

educativo y la definición de un activo rol económico para el Estado central que permitió la reorganización del espacio nacional. En 1964 el MNR fue expulsado del poder por un cruento golpe militar presidido por el general René Barrientos, y retomó al poder mediante otro cruento golpe militar, presidido esta vez por el coronel Hugo Bánzer Suarez. Sufrió varias divisiones y desprendimientos. En 1982 asumió la presidencia Hernán Siles, uno de sus líderes históricos, encabezando una coalición de centro izquierda. En 1985 retornó al poder bajo la conducción de su principal caudillo Víctor Paz Estenssoro, obteniendo el triunfo electoral en 1989 aunque por un margen tan pequeño que su candidato, Gonzalo Sánchez de Lozada, no pudo acceder al Ejecutivo. Se impuso entonces la tarea de modernizarse internamente, transformando sus estructuras institucionales, su programa y su discurso político.

necesidad de superar para siempre la aguda polarización izquierda-derecha que marcó tanto la vida nacional en los años 60 y 70, y que incluso puso en riesgo la transición a la democracia entre 1978 y 1982². De modo que no se trataba de una «salida pragmática» urdida a última hora, como la que eligió a Jaime Paz Zamora en 1989, sino de la conversión de esa salida en una propuesta de unidad nacional. Esa propuesta se basó en el diagnóstico de que la contradicción derecha-izquierda, que es de orden ideológico, tiene todavía una importancia fundamental en el país.

Por su parte, el industrial cervecero Max Fernández - fundador y propietario de un nuevo partido (Unidad Cívica Solidaridad) - nominó como su candidato vicepresidencial a Edgar Talavera, ex-presidente del poderoso Comité Cívico Pro-Santa Cruz³. Este binomio ponía de relevancia su reconocimiento de la diversidad regional entre el oriente y el occidente, entre el mundo camba y el mundo colla, sugiriendo en el fondo que las diferencias regionales serían el obstáculo fundamental que ha impedido hasta ahora la unidad nacional. Podría decirse que la combinación de candidatos de Alternativa al Socialismo Democrático, que postulaba a Jerjes Justiniano (de Santa Cruz) y Pablo Ramos (de La Paz), siguió el mismo patrón, con el añadido de que ambos tienen un origen universitario y se ofrecían como una opción de izquierda. Es decir, éstos rechazaban la propuesta incorporada en el binomio del Acuerdo Patriótico, afirmando la inevitabilidad y necesidad de la polarización aunque situándose para ello en su mismo campo o nivel: el de la ideología política.

La selección de candidatos en el Movimiento Bolivia Libre, el más importante partido de una izquierda que ha visto declinar persistentemente su votación desde 1980⁴, no pareció emitir por sí misma un mensaje tan evidente. Entre Antonio Ara-

²En 1978, bajo la presión de una masiva huelga de hambre iniciada por las esposas de cuatro dirigentes mineros, se inició la apertura democrática. Entre 1978 y 1982 se realizaron tres elecciones nacionales, se produjeron seis golpes militares y se registraron nueve presidencias sin contar las de Bánzer y Siles Zuazo que abren y cierran ese convulsionado período. El retiro de los militares se produjo en octubre de 1982 bajo una masiva presión social en la que participaron prácticamente todas las fuerzas sociales y políticas del país, y a la cual los militares no intentaron resistir con la fuerza de sus armas.

³Max Fernández Rojas era a comienzos de los 80 un gran distribuidor de cerveza. En 1989, ya como principal accionista y presidente de la Cervecería Boliviana Nacional, funda un partido político e intenta postularse a la presidencia de la República. Ese mismo año y en 1991 presenta candidatos en las elecciones municipales y logra importantes resultados empleando para ello la infraestructura de distribución y propaganda de la Cervecería. En 1993 participa formalmente en las elecciones, logrando el 13,77% de los votos válidos, cifra muy inferior a sus expectativas. Su acompañante de fórmula, Edgar Talavera, había sido presidente del Comité Pro Santa Cruz, una influyente organización que agrupa en su seno a prácticamente todas las entidades sociales de esa pujante región oriental de Bolivia bajo el liderazgo del nuevo empresariado agroindustrial y ganadero.

⁴En 1980 la izquierda, entonces representada por la coalición Unidad Democrática y Popular y el Partido Socialista-1, logró el 47,45% de los votos válidos. En 1985, en medio de la grave crisis inflacionaria, alcanzó al 23,61% por medio de seis frentes y partidos. En 1989, mediante tres candidatu-

níbar y Miguel Urioste, sus candidatos, hay más similitudes que diferencias, tanto por su origen social y geográfico como por su trayectoria política, pues ambos provienen de familias criollas de clase media alta, pertenecientes a la élite tradicional del occidente del país, Cochabamba y Chuquisaca. Podría pensarse que la diferencia entre ellos era temática, en la medida en que es reconocida la preocupación política y académica de Urioste por las cuestiones campesina y rural, pero entonces se trataría de una reafirmación de la idea de vanguardia o, en todo caso, de representación mediatizada. Era más probable, por eso, que lo que en realidad definía a esta candidatura fuera la búsqueda de identidad partidaria, afirmándose en la dimensión política pero con un discurso moralizador más que programático o ideológico. De aquí podía deducirse que la política tendría, según este partido, una gran autonomía respecto del mundo social, cultural y económico. Por otro lado, ésta fue, también, la única candidatura unipartidaria, con lo que se pensaba ofrecer al electorado una opción coherente y consistente en sí misma. Esto en el supuesto de que el trauma «frentista» creado por el caótico gobierno de la Unidad Democrática y Popular (1982-1985) todavía persistiera en el recuerdo del electorado⁵.

Finalmente, la sorpresa mayor provino del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) cuya última convención proclamó como candidatos a Gonzalo Sánchez de Lozada y Víctor Hugo Cárdenas. Como se dijo antes, el primero había sido el gestor de la política económica de ajuste neoliberal. Sus rasgos personales más resaltantes son el acento inglés de su castellano, pues fue educado desde niño en Estados Unidos, y su obsesión por la modernización. Cárdenas, a su vez, es de origen aymara campesino y su acción política e intelectual ha estado centrada en la lucha contra el racismo y la promoción de los derechos de las etnias nativas. Es generalmente reconocido como uno de los más lúcidos intelectuales del movimiento katarista. La unión de ambos extremos del espectro étnico cultural del país fue lo que evidentemente inquietó en esta candidatura. Porque más allá de ser ambos «hijos

ras, logró apenas el 12,45% de los votos válidos (que aumentaría al 34,27% si se incluyera en el campo de la izquierda al MIR, cuyo máximo dirigente accedió a la presidencia ese año en coalición con el partido del ex-dictador Bánzer). La clasificación de izquierda y derecha se ha hecho evidentemente más difícil en los últimos años hasta prácticamente diluirse en las elecciones de 1993.

⁵Uno de los principales argumentos que, en la percepción popular, explicó el fracaso de la Unidad Democrática y Popular (1982-1985) fue su falta de coherencia política, debido a su conformación frentista y las contradicciones entre los partidos que la componían. Esto se hizo patente por las frecuentes disputas entre las dirigencias del MNR de Izquierda, el MIR, el Partido Comunista y la Democracia Cristiana, que culminaban en frecuentes renovaciones del gabinete ministerial de Siles Zuazo. Esa percepción te permitió a Víctor Paz, en 1985, obtener un amplio respaldo parlamentario para tomar y ejercer la presidencia, sin tener que conformar una coalición política y compartiendo marginalmente las responsabilidades gubernamentales. No consideramos que la candidatura de UCS fuera unipartidaria porque el candidato vicepresidencial y una gran parte de los candidatos parlamentarios se incorporaron a ese partido después de haber sido designados como candidatos, en tanto que en el MBL una condición básica para ser candidato fue la militancia previa.

de la Revolución del 52», su unión nos recordaba a los bolivianos que aquélla no había logrado resolver la segmentación etnocultural del país. Segmentación y segregación que han persistido por siglos, y sobre las cuales se han erigido condenables e injustos sistemas de dominación, opresión y explotación. Esta candidatura señaló la persistencia de esa contradicción, y la propuesta de superarla mediante la integración basada en la tolerancia⁶. La imagen de país que trasuntaba este binomio fue de integración hacia adentro, para reunir a la Bolivia india y la Bolivia criolla, y de integración hacia afuera, para acelerar la incorporación de Bolivia en el mundo.

Entre lo político y lo cultural

En este panorama, estaba claro que las propuestas electorales en Bolivia se situarían en diversos campos o niveles según los énfasis demostrados en su diagnóstico de las contradicciones.

Los énfasis «políticos», sea que se basaran en la necesidad de superar o en la de afirmar la polaridad izquierda-derecha, lucían algo vacíos al mirarlos al trasluz de la crisis del «socialismo real». Mientras Banzer-Zamora se veían obligados a insistir en el pragmatismo de la época, presentando un plan de gobierno inundado de cifras y datos que buscaban afirmar la vero-similitud de sus propuestas, Araníbar y Urioste tuvieron que volcar enormes energías para convencer al electorado que los acompañara en su búsqueda de una nueva identidad de izquierda, la cual sin embargo terminó disuelta en un discurso enfáticamente moralizador y de rechazo a la corrupción. La Izquierda Unida y la Alternativa al Socialismo Democrático, que cobijaron a dirigentes de los partidos tradicionales de izquierda arrasados por la caída del muro y la debacle del «socialismo real», intentaron sin éxito que el electorado se pronunciara en torno al «modelo neoliberal»⁷.

⁶Esto, que fue detectado tan pronto se conformó esta candidatura, fue remarcado por Víctor Hugo Cárdenas en su discurso inaugural: «Por voluntad de los bolivianos, más allá de mi comunidad, soy parte de una comunidad mayor llamada Bolivia», proclamando finalmente «sueño con una Bolivia, con un continente americano y con un mundo donde haya respeto entre pueblos y culturas diferentes» (La Razón, 7/8/93).

⁷La izquierda Unida entró derrotada a la campaña, pues no solamente los partidos que la componían estaban en franco proceso de desagregación, sino porque sus candidatos se sabían puramente simbólicos y actuaban sin convicción. Su candidata a vicepresidenta fue la dirigente campesina Lidia Flores, poco conocida pero muy apreciada y respetada en el ambiente sindical, que fue inhabilitada por edad insuficiente para desempeñar el cargo. La explicación que dio la IU fue que eso no importaba, ya que de todos modos no saldría elegida.

La unidad nacional no está amenazada por los regionalismos, de modo que el símbolo que se buscaba establecer con candidatos de distintas regiones resultaba redundante, por no decir inútil

Los énfasis regionales, aunque parecían contar con referentes más concretos, ignoraron que los regionalismos en Bolivia se han construido en oposición al centralismo y en demanda de integración y reconocimiento, más que por los antagonismos entre regiones⁸. Desde el propio movimiento regional se advirtió ya que era absurdo y peligroso pretender «regionalizar» las candidaturas. La unidad nacional no está amenazada por los regionalismos, de modo que el símbolo que se buscaba establecer con candidatos de distintas regiones resultaba redundante, por no decir inútil.

La propuesta del MNR tenía, en comparación con todas las demás, un referente más profundo, porque aludía a la necesidad de superar la desarticulación nacional en el campo cultural. Pero es ésta una cuestión tan delicada que no alcanzó a hacerse explícita en el debate electoral, salvo en el juego de bromas y referencias racistas y en momentos de ácida tensión que resultaron sin embargo marginales al proceso electoral⁹. La campaña del MNR se centró más bien en la capacidad del binomio para escuchar, articular y representar las voces de la ciudadanía, lo cual fue reforzado al final con un programa de gobierno no menos audaz que las candidaturas mismas: el «Plan de Todos»¹⁰. Y es que el contraste de pieles, acentos y gestos de Sánchez de Lozada y Cárdenas es tan evidente que se hacía innecesario explicitar verbalmente el mensaje de su unidad.

⁸Sobre el regionalismo en Bolivia puede consultarse José Luis Roca. *Fisonomía del regionalismo boliviano*, Ed. Los Amigos del Libro, 1980; Fernando Calderón y Roberto Laserna: *El poder de las regiones*, Ed. Ceres, 1983; y Gustavo Rodríguez Ostría: *Poder central y proyecto regional*, Ed. Ildis/Idaes, 1993.

⁹En un debate televisivo, por ejemplo, el ex-maoísta «Motete» Zamora acusó a Cárdenas de indio renegado por no llevar el apellido Choquehuanca, que era el de sus abuelos. Cárdenas replicó que el cambio lo decidió su padre, demostrando con ello que el carácter discriminador de la sociedad boliviana no había sido superado sino que se manifestaba con sorda violencia en el presente de los indios de Bolivia.

¹⁰El MNR presentó durante su campaña electoral un programa de gobierno denominado «El Plan de Todos». El mismo se basa en tres pilares fundamentales: la capitalización de las empresas públicas mediante la incorporación con nuevos recursos de socios privados quienes asumirán además el derecho de administrar las empresas; la democratización del capital mediante la transferencia del capital accionario estatal de esas empresas a la población boliviana, inicialmente a través de una Fundación; y la participación popular en la gestión y administración de los servicios públicos (especialmente salud y educación), a partir de las formas existentes de organización social en las comunidades y los barrios.

Los resultados electorales

El 6 de junio de 1993 la ciudadanía emitió su pronunciamiento definitivo sobre las ofertas electorales presentadas. De las catorce oficialmente inscritas, la fórmula Gonzalo Sánchez de Lozada-Víctor Hugo Cárdenas obtuvo el 35,55% de los votos válidos. El segundo lugar, con el 21,05%, fue para la coalición gobernante. A poco de conocidas las proyecciones más confiables, los diversos candidatos empezaron a reconocer el triunfo de la fórmula ganadora. El último en hacerlo fue el Gral. Hugo Bánzer, que al parecer no podía resignarse al fracaso de su quinto intento de volver al poder por medios constitucionales. Finalmente él también reconoció la victoria del MNR y ofreció apoyar la elección de sus candidatos en el Congreso si acaso eran necesarios los votos de su bancada¹¹.

A diferencia de las anteriores elecciones, en las que la votación había sido relativamente ajustada para los dos o tres primeros, en esta oportunidad los resultados mostraron una clara preferencia electoral. No solamente había una marcada distancia entre el primero y el segundo, sino que el primero además había logrado ganar en prácticamente todo el territorio nacional, y en siete de las nueve capitales departamentales del país. Perdió en el departamento de Pando, que representa el 0,68% del electorado del país, y también en la ciudad de Trinidad, capital del Beni.

Traducidos estos resultados en escaños parlamentarios, se vislumbraba un predominio absoluto del MNR en el Senado y una poderosa bancada en diputados. El reconocimiento generalizado de la victoria electoral del binomio Sánchez de Lozada-Cárdenas le permitió al MNR, además, disponer de un gran poder de negociación con las restantes fuerzas políticas. Finalmente, luego de un período relativamente breve de negociaciones, logró articular una coalición con UCS, el partido de Max Fernández, y con el Movimiento Bolivia Libre, a pesar de las tensiones y de los enfrentamientos que se habían producido entre los tres partidos durante la campaña electoral. La coalición gobernante así constituida representa una amplia mayoría de la votación ciudadana (54,68%) y cuenta con una gran capacidad de control del Legislativo (62%), faltándole apenas 8 votos para alcanzar el mágico «dos tercios».

El sistema boliviano ha funcionado una vez más, obligando a los actores políticos a la concertación y generando una coalición representativa y con capacidad de gobierno a pesar de la relativa dispersión de los votos. La cuestión fundamental es, sin embargo, ¿qué hacer con esa capacidad? En otras palabras, ¿gobernabilidad

¹¹ Recordemos que en Bolivia si ninguna formula alcanza la mayoría absoluta, el Congreso Nacional debe elegir entre los tres candidatos más votados. En 1985 eligió al segundo y en 1989 al tercero.

para qué? Hay que reconocer que el aprendizaje ha sido duro y difícil. La reticencia a admitir la necesidad de la concertación en 1979 y 1980 provocó entonces caos social y violencia política. La imposibilidad de generar acuerdos de gobernabilidad en 1982 agravó las condiciones de la crisis económica y provocó la hiperinflación. Aunque los mayores costos de este largo proceso de aprendizaje social cayeron sobre los sectores más pobres y vulnerables del país, todos sufrieron de alguna manera las consecuencias de la incapacidad de los actores políticos para desarrollar comportamientos democráticos, de tolerancia hacia el adversario. La gobernabilidad, pues, ha sido políticamente construida porque fue socialmente valorada.

Sólo así se entiende que el programa de estabilización y ajuste estructural se ejecutara con bajos niveles de oposición y conflicto social, y que tanto en 1985 como en 1989 asumieran la presidencia quienes habían sido en realidad derrotados en las urnas, sin que ello mermara significativamente su capacidad de diseñar y ejecutar políticas públicas. Logrado todo eso, ahora parece plantearse un desafío mayor. Sin dejar de reconocer el valor intrínseco que pueden tener el orden, la tolerancia y la admisión de normas para administrar mejor los riesgos y disminuir las incertidumbres, los bolivianos parecen ahora dispuestos a darle una significación mayor a la democracia. Lo que ahora entra en juego es el perfeccionamiento de los mecanismos de representación, y la utilización de la capacidad de gobernar para impulsar un desarrollo más dinámico y más equitativo. La clave de ambos sentidos está en la integración: de la propia sociedad boliviana, y de su economía con el mundo exterior.

El ex-presidente Paz Zamora pareció finalmente comprender esa doble dinámica al señalar, en su discurso de despedida, que él había sentido que « Bolivia debía abrirse al mundo como necesidad urgente de supervivencia y viabilidad nacionales», pero que «no se es fuera lo que primero no se es dentro, ni se puede hacer allí lo que primero no se hace aquí» (La Razón, 7/ 8/93). De esta manera justificaba la política de apertura exterior de su gobierno, y planteaba la necesidad de avanzar hacia una mayor integración de la diversidad social y cultural que es Bolivia.

Gonzalo Sánchez de Lozada, el nuevo presidente, no solamente había asumido la iniciativa en ese campo al incorporar a Cárdenas en su candidatura, sino que en su discurso inaugural remarcó la imbricación de la tradición cultural occidental con las tradiciones originarias que «privilegian el comportamiento comunitario antes que el individual» y reconoció que «Bolivia es un país unitario, pero al mismo tiempo diverso, donde conviven diferentes culturas, etnias y ecosistemas bajo el manto protector de la República» (La Razón, 7/8/93).

Unos meses antes había sido admitida una propuesta de reforma constitucional que deberá ser aprobada durante la presente legislatura. Ella definiría a Bolivia no solamente como una República libre e independiente, unitaria y democrático-representativa, como reza ahora el primer artículo de su Constitución, sino que reconocería además el carácter multiétnico y pluricultural de su sociedad. Aún no están muy claras las implicaciones prácticas que podría tener este reconocimiento, pero el mismo marca sin duda un cambio de perspectiva que será reforzado por la presencia de Cárdenas y la vigorización del katarismo. Sus implicaciones para la gobernabilidad son más que relevantes.

Katarismo y gobernabilidad

No en vano los analistas en Bolivia concordaron en señalar que el binomio Sánchez de Lozada-Cárdenas era el más audaz. Mientras los otros, como vimos, se situaban sobre todo en las esferas del poder y la política, éste se planteó además como una apuesta a la razón y a la modernidad ubicándose por tanto también en las esferas de lo social y lo cultural. Por ese motivo, en lo que sigue del artículo concentraremos nuestro análisis en los significados que tiene y podría tener la presencia de un líder indio en el centro de la vida política boliviana.

Las primeras reacciones a la candidatura de Cárdenas salieron de fracciones del propio katarismo, así como de dirigentes de la izquierda política y sindical. Fueron de rechazo y repudio. Era evidente que había en ellos frustración, y que interpretaron la invitación de Sánchez de Lozada como una maniobra política para absorber, cooptar y disolver el movimiento katarista. Muchos de los dirigentes de la izquierda y el sindicalismo habían estado diseñando una estrategia de reconstrucción del movimiento socialista a partir del katarismo y en torno a la figura de Víctor Hugo Cárdenas, de modo que la actitud de este dirigente fue vista de inmediato como una claudicación, una nueva derrota.

En estas reacciones se hizo evidente, de nuevo, que para muchos el katarismo no era nada más que un ingrediente político que les permitiría interpelar y movilizar a los trabajadores del campo y la ciudad. No se habían percatado de que el katarismo se había convertido en un movimiento social de profundas raíces y amplia base. Y aunque su núcleo fundacional hubiera sido aymara y paceño, y en algún momento hubiera encontrado su mayor fuerza social en el movimiento campesino, hacía ya bastante que había trascendido esos ámbitos. Eventos tan disímiles como la

Marcha de los Pueblos del Oriente¹² y la película *La Nación Clandestina* de Jorge Sanjinés son sin duda parte de ese movimiento que nos enrostra la pluralidad cultural de Bolivia y, frente a ella, la artificialidad de nuestro sistema político e institucional, la fragilidad de nuestro Estado-Nación. Y aunque tuviera un cierto espacio de coincidencia con las preocupaciones socio-económicas de la izquierda tradicional, su preocupación y motivación central estaba situada en otro nivel de la realidad.

Por otro lado, ningún movimiento social puede reducirse a su organización. Lo que hoy llamamos katarismo es algo más que las instituciones kataristas. Es un movimiento que interpela a todo el país sobre la multiplicidad etnocultural y la persistencia de mecanismos de discriminación de origen colonial. Es un movimiento de afirmación cultural y de oposición al racismo que apela y motiva una masa social mucho más amplia que la aymara. Y precisamente porque es «social», no tiene propietarios ni voceros oficiales. Esto implica, obviamente, que la presencia de Cárdenas en una candidatura, o su ausencia en otra, no eran (ni son) de ninguna manera garantía por sí mismas de que estaba en movimiento la fuerza del katarismo. Pero lo que sí hacía y hace ahora, más que antes, es crear oportunidades. Un dirigente que representa con solvencia la dimensión cultural del movimiento, es decir, su ámbito más profundo y radical, y que es al mismo tiempo quien la proyecta y plantea hacia el resto de la sociedad en la forma más abierta y consistente, ocupa ahora un lugar de privilegio: preside el Poder Legislativo y sustituye al Presidente. Y aunque sus funciones legalmente establecidas parezcan puramente protocolares, tiene también la posibilidad de desempeñar un papel mucho más activo.

Es en esa perspectiva que la presencia de Cárdenas en binomio con Sánchez de Lozada trasciende el ámbito de las decisiones personales, y puede ser considerada un triunfo del movimiento katarista: ha colocado la problemática «producida» por el katarismo en el centro mismo del debate público y de la lucha política. No solamente porque la vicepresidencia permite a Cárdenas proponer los temas para el debate desde una tribuna privilegiada, sino porque su presencia física, en la condición de indio aymara que él siempre reivindica, constituye por sí sola todo un mensaje.

¹²La Marcha de los Pueblos del Oriente fue protagonizada por varios grupos étnicos habitantes de las selvas y llanuras amazónicas, y se realizó en agosto y septiembre de 1990. El evento consistió en un recorrido a pie de 650 kilómetros desde las llanuras tropicales del norte de Bolivia hasta la sede de gobierno, atravesando la cordillera de los Andes. La Marcha reclamaba atención estatal a sus derechos culturales y exigía que la misma se expresara mediante el reconocimiento legal de sus instituciones y formas de uso de la tierra y los bosques. La Marcha no solamente capturó la atención pública sino que impulsó el estudio y la aprobación de varios instrumentos legales referidos a la gestión de los bosques y los derechos indígenas.

Cierto que Víctor Hugo Cárdenas había sido candidato presidencial y, como tal, había participado ya en el debate nacional en 1989. Pero todos sabían entonces que se trataba de una candidatura marginal que apenas podía aspirar al testimonio parlamentario, que además le fue escamoteado. Esta vez fue diferente, pues formó parte de una candidatura que tenía claras posibilidades de alcanzar el poder. Y la sorpresa que causó puso por sí misma en evidencia que, en el país más indio de América, la política y el poder han sido hasta hoy cosa de blancos. Y seguramente no hay conciencia blanca, chola o india que no se sienta inquieta y motivada frente a esta nueva visibilidad de nuestro ch'enko¹³ nacional.

Esto aconteció, además, en un momento de singular importancia para el propio movimiento katarista, porque la emergencia del Ejército Guerrillero Tupac Katari (EGTK) parecía anticipar o anunciar su fracaso como movimiento social¹⁴. La aparente imposibilidad de construir un campo de conflicto y negociación en el que se reconociera socialmente la legitimidad de la demanda cultural, había estado conduciendo a algunos militantes del movimiento a refugiarse en una defensa absoluta de la tradición comunitaria, y a enfrentarse al resto en una guerra de destrucción. La violencia nace de la exclusión, es decir, de la percepción de que no hay relación posible con el adversario sino la de vida o muerte. Por eso sabemos que, así como la violencia destruye a los movimientos sociales, la descomposición de éstos también abre paso a la violencia.

No hay evidencias de que el EGTK naciera del katarismo, pero parece claro que buscaba apropiarse de la demanda global de éste, aunque transformándola en principio fundamental, y ciertamente pretendía representar a su base social. Bastaría admitir que el katarismo corría el riesgo de transformarse en un antimovimiento social, para reconocer que la candidatura de Cárdenas, su admisión en el centro del debate político, es un triunfo del movimiento katarista.

¹³ Ch'enko es un concepto quechua designa que designa situaciones de confusión y aparente desorden por la presencia de elementos muy diversos pero que se entrelazan, mezclan y articulan en forma dinámica. Lo han empleado también como concepto sociológico Fernando Calderón y Carlos Toranzo.

¹⁴ El Ejército Guerrillero Tupac Katari tiene raíces en las Células Mineras de Base, un grupo sindical radicalizado que organizó los «Ayllus Rojos Kataristas» junto a campesinos de localidades próximas al centro minero Milluni. Luego se incorporaron militantes indigenistas e izquierdistas creando la «Ofensiva Roja de los Ayllus Tupakatuistas» (O.R.A.T.K.) del que el EGTK es el brazo armado. Aunque se proclama de base india y campesina y promueve la lucha a muerte contra los q'aras (v. nota 15) y ricos, un examen de la condición social de los 22 combatientes detenidos, muestra que son más de clase media que campesinos y mineros. Su discurso combina indigenismo aymara, indianismo latinoamericano, racismo, maoísmo y leninismo bolchevique. Se estima que son responsables de 40 acciones de sabotaje y 8 atracos destinados a captar fondos. Sus principales dirigentes han sido detenidos. Datos de Alberto Rivera: «El Ejército Guerrillero Tupac Katari en Bolivia 1990-1993 (ensayo sobre la prensa y entrevistas a los detenidos)», CERES, Cochabamba.

Obviamente, no se trata de un triunfo definitivo ni de un avance exento de riesgos. Cárdenas debe estar conciente de que corre el riesgo de ser «usado», así como sus adeptos temen con razón que la fuerza social que representan sea cooptada y disuelta en un partido amplio y vigoroso como el MNR, que cuenta con dirigentes altos y medios de gran experiencia y capacidad de negociación. Pero es un riesgo que compete a muchos, porque es tanto mayor cuanto más aislado y solo quede Cárdenas frente al MNR. El propio MBL aparentemente lo comprendió así al decidir su incorporación al gobierno de Sánchez de Lozada.

Por otro lado, hay que valorar también la audacia en la actitud del jefe del MNR. Ha sido el único político q'ara¹⁵ capaz de asumir el riesgo de enajenarse el apoyo de los q'aras por meterse con un indio, sin ninguna garantía de que quienes sufren la exclusión del colonialismo interno reconocieran en Cárdenas una mediación confiable. El sistema político boliviano está todavía construido en torno a una cultura de padrinos y compadres, y no es habitual que se busque como padrino a un semejante.

Por otro lado, la apertura étnica de la fórmula Sánchez de Lozada-Cárdenas podía no haber concitado la adhesión del electorado. En primer lugar porque en Bolivia, como en otras partes del mundo, no se quiere admitir que hay racismo. Debido a que durante mucho tiempo la diferenciación social coincidió con la diferenciación étnica, los bolivianos también preferimos creer que la discriminación solamente está basada en la riqueza o el esfuerzo productivo. Pero es obvio que ya no es así, que los dos principios de diferenciación ya no coinciden, y que hay mecanismos de discriminación basados puramente en diferencias etnoculturales.

Los riesgos de Sánchez de Lozada tampoco eran pequeños, y por eso ésta quizás haya sido la mejor prueba de su proclamada modernidad, así como de su lucidez para dotar a la democracia boliviana de esas condiciones fundamentales de la gobernabilidad que son la integración social y la equidad. Como lo señaló en su discurso inaugural el nuevo presidente boliviano, se trata de «un largo camino de muchos kilómetros, que hoy comenzamos con un primer paso».

¹⁵Q'ara o k'ara es el denominativo que emplean los aymaras para referirse a los extraños, y que se aplica ahora a la población blanca y criolla de las ciudades. En aymara antiguo kara quiere decir pelado o «de un solo color, sin mezcla» según Ludovico Bertonio (1612) en su Vocabulario de la Lengua Aymara, Ed. Ceres, 1984.

Referencias

- *Cárdenas, Víctor H., LA RAZON-PRENSA. 7/8 - 1993;
- *Roca, José L., FISONOMIA DEL REGIONALISMO BOLIVIANO. - Ed. Los Amigos del Libro. 1980;
- *Calderón, Fernando; Laserna, Roberto, EL PODER DE LAS REGIONES. - Ed. Ceres. 1983;
- *Rodríguez-Ostria, Gustavo, PODER CENTRAL Y PROYECTO REGIONAL. - Ed. Ildis/Idaes. 1993;
- *Rivera, Alberto, EL EJERCITO GUERRILLERO TUPAK KATARI EN BOLIVIA 1990-1993. - Cochabamba, Brasil, CERES;
- *Bertonio, Ludovico, VOCABULARIO DE LA LENGUA AYMARA. - Ed. Ceres. 1984;